

Vuelto como los demás hacia el Oriente incierto, recogiendo todos los ruidos dulces o formidables, los murmullos de las alturas, que responden a los nuestros, y los suspiros de cada

uno y los rumores de todos, el poeta, en sus cantos rebosantes de amargura, refleja, como eco triste y sereno, todo lo que el alma sueña y todo lo que el mundo canta o balbucea, esperando lo que nos ofrezca el porvenir.

de octubre de 1835.

CANTOS DEL CREPÚSCULO

rras. Julio os dió, para salvar a vuestras familias, tres de esos hermosos soles que incendian las Bastillas; vuestros padres no tuvieron más que uno sólo.

I

VERSOS ESCRITOS DESPUÉS DE JULIO
DE 1830

I

¡Hermanos míos, también vosotros contáis con jornadas gloriosas, con victorias coronadas de flores, con cívicos laureles, con muertos enterrados, con triunfos que son tan halagüeños en la aurora de la vida y con estandartes noveles, pero ya agujereados, y capaces de causar envidia a las viejas banderas de Austerlitz!

**

Podéis estar orgullosos, porque equivaléis a vuestros padres. Habéis sacado vivos del sudario los derechos del pueblo, que éste conquistó después de muchas gue-

**

Sois sus dignos hijos; su sangre, que corre por vuestras venas, y su alma, que habéis heredado, os prestan un valor heroico. Continuasteis lo que ellos comenaron; vuestra madre es la fecunda Francia, que cuando le parece, para servir de ejemplo al mundo, hace que transcurra un siglo entero en un solo día.

**

La Inglaterra celosa, como la Grecia homérica; toda Europa os admira; la joven América se levanta y os aplaude batiendo palmas desde las playas de sus mares. Tres días os han bastado para romper vuestras cadenas, sois descendientes de una raza de bravos, sois hijos de gigantes.

* *

Por vosotros trazaron ellos el círculo triunfal de planos de batallas, el camino victorioso que, partiendo de Francia para abarcar el mundo, y pasando por Moscou, por Cádiz, por Roma y por el Cairo, va desde Jemmapes hasta Montmirail.

* *

Sois los hijos de aquellos bellicosos liceos, en los que aplaudisteis nuestras pasadas victorias, en los que buscabais descanso a la sombra de los pliegues de un estandarte; por los que con frecuencia Napoleón, absorbido en su gran pensamiento, pasando, cruzado de brazos, por en medio de vuestras espesas filas, os magnetizó con sus miradas.

* *

¡Aguila, que ellos debían seguir! Aguila de nuestro ejército, cuyas sangrientas plumas están sembradas en muchos sitios; tú que los cobijaste bajo tus alas paternales, contéplalos con alegría; eres madre y debes estar satisfecha, porque has dado a luz tan bravos aguiluchos.

II

Cuando, asustada nuestra ciudad, se despertó una mañana sorprendida y agarrotada, en-

vuelta en una red de inicuas leyes, cada uno de vosotros exclamó:—«Esto es una infame traición! Los pueblos tienen su mañana. Para hacerles que pierdan el camino no basta que una mano desleal le cambie el letrado indicador.

* *

«Cuando la palabra brilla, destruye los imponentes obstáculos. Verdad, tú sabes cómo los dientes destrozan las mordazas; puede un rey cerrarte su Louvre, apagar la antorcha que te alumbraba o hacer que la extingan los criados, pero esa llama abrasa al que la toca, y tu boca no se puede cerrar con la misma facilidad que la puerta de un palacio

* *

«¿Consentiremos que todos nuestros adelantos, que el progreso que debemos a nuestros padres que el trabajo de la raza humana se pierdan para nosotros en un instante? ¿Dejaremos que nos arrebaten las leyes y las Constituciones? ¿Veremos impasibles que derriben encarnizados como si fuera un frágil edificio, tu obra de cuarenta años, laboriosa Libertad?

* *

«¿Por semejantes hombres se han blandido las espadas desde el Norte al Mediodía? ¿Por hom-

bres como éstos se han sembrado el gentío de los arrabales y en todos los campanarios resonaba el toque de rebato.

IV

* *

«¿Los insensatos que cometen semejantes atentados, no se dan cuenta de que desde que su poder se eleva el horizonte se pone más negro? ¿En la ceguedad de su locura no ven que está rebosando la copa, que se les espía desde lejos, que en lontananza relampaguea, y que el león popular aguza siniestramente las garras?»

III

Todos se sublevaron; el hombre, el niño, la mujer: todos los que no carecían de alma, todos los que podían disponer de sus brazos, todos acudieron. Tumuluosamente la ciudad se lanzó impetuosamente noche y día contra batallones enteros. Inútilmente las balas, la metralla, los obuses y los cañonazos desgarraban las entrañas de la ciudad; lienzos de pared y edificios caían arruinados; en las puertas de las casas había hacinamientos de cadáveres; las bocas de los cañones desde lejos abrían brechas en la muchedumbre; pero ella volvía a cerrarse compacta como un mar, y con su ardiente resuello aumentaba

Tres días, tres noches en aquella fragua el pueblo se encendía en fuego, destrozando la banda bearnesa con el hierro de la lanza de Jena. En vano diez nuevas legiones se lanzaron con impetu en el formidable foco, porque caballos y jinetes se fundieron en él como las ramas secas que arden en un brasero.

* *

¿Cómo conseguiste apaciguar tu cólera, soberana ciudad, vencedora en tres días? ¿Cómo conseguiste, río popular, entrar de nuevo en tu lecho y volver a seguir tu interrumpido curso? Tierra que temblabas al furor tempestuoso de la venganza popular, ¿cómo conseguiste ser inteligente, cómo conseguiste saber elegir al castigar?

* *

Es que había muchos corazones estoicos entre vosotros, ciudadanos; es que la heroica juventud luchaba a vuestro lado. En adelante, en todas las ocasiones estaréis unidos por un alma común, por el alma que brilló en todas vuestras hazañas. Os honraron

esas jornadas: ayer no erais sino una multitud, pero hoy ya sois un pueblo.

* *

A pueblo semejante han embestido los audaces consejeros del perjurio, calamidades que la Providencia envía en días determinados a los últimos reyes de una raza fatal. ¡Desgraciados aquellos que creen, cegados por su profundo error, que pueden apoderarse de la libertad del mundo, como de un pájaro que se pillá en un lazo!

* *

No ocultéis nada de lo que pasó. Las cicatrices embellecen la frente de los soldados. Dejemos que conserve la ciudad herida las cicatrices del combate. Llenemos con sus heroicos muertos los sepulcros del Pantheon; no permitamos que se borre ningún recuerdo; restituyamos su tumba a Luis XVI y su columna a Napoleón.

v

Dejadme que lllore a la raza muerta que trajo el destierro y que el destierro se volvió a llevar. Acompañemos siquiera hasta las fronteras a los antiguos reyes de nuestros padres. ¡Rinde, bandera de Fleurus, los honores militares a la oriflama que se val

* *

No pronunciaré palabras que puedan molestarles; no quiero que les maltrate la despedida de la lira; no he de ofender al anciano que camina hacia el destierro; no debo ensañarme con el caído; no quiero apretar la corona de espinas que la mano del infortunio puso sobre sus cabellos blancos.

* *

Quando son desgraciados, mi voz apenas termina el himno que elevó a sus dolores, cuya cadena se prolonga. En mis cantos bendigo siempre al destierro y a la tumba, y mientras que los demás saludan la aurora de un nuevo reinado, mi poesía, en viaje luctuoso, irá mucho tiempo aún desde Santa Elena hasta San Dionisio.

* *

Pero que sirva de lección fatal y eterna a esos pigmeos, extranjeros en la tierra natal, que hacen reinar a los reyes por satisfacer sus ambiciones, y que, petrificándolo todo bajo su grupo inmóvil, acurrados, atizan con su soplo débil la ceniza aun mal apagada de las revoluciones.

VI

Magnífico se os ofrece el porvenir, juventud de Francia, jóvenes amigos míos; un siglo puro y pacífico se abre paso ante vosotros. Cada día traerá una nueva conquista. Veremos majestuosamente, desde la base hasta la cumbre, subir de grada en grada a la irresistible libertad.

* *

Vuestros gigantescos padres fueron fuertes y generosos. Intimidadas las naciones, se pusieron bajo su tutela; tan victoriosos fueron en la guerra, que todos los pueblos proclamaban el nombre de Francia, abandonando sus antiguos hábitos y acudiendo a cubrirse con la sombra de Napoleón.

* *

A vosotros os impulsa también esa noble ambición. Lograd que en todas partes sea libre el pensamiento y que cada nación sea soberana de sí misma. Enseñad la libertad a los que viven en las tinieblas de la obscura noche, alumbradles el camino, guíad sus pasos y haced que la humanidad se dirija hacia ese sublime objeto.

* *

Que el espíritu, según sus deseos, siga con más libre vuelo a las

artes, a la poesía o a la ciencia; que para todo el que lo implore, el trono tenga eco benévolo y sonoro; que, para hacer al rey más digno, aumente y repita incessantemente todos los consejos de la prudencia y todas las quejas de la desgracia.

* *

Sacerdotes, id a rezar ante las fosas; ¿qué vais a hacer en las catacumbas ostentando brillantes vestiduras de púrpura y de oro? Id allí, pero sin lujosa mitra, sin vana pompa, sin levantar un trono en esos sitios sagrados, que sólo requieren oraciones y limosnas; una cruz de madera y un altar de piedra es suficiente para los hombres, como basta para Dios.

VII

Desde este momento, si os decidáis sólo a encaminar bien las almas, si sois pobres como el pueblo y modestos como las mujeres, nada debéis temer; la Iglesia es vuestro puerto de refugio: cuando durante mucho tiempo ruge la boca del Vesubio, cuando la espumosa lava como un vino en su cubete asoma roja a sus bordes,

* *

Nápoles se estremece; lloroso el pueblo y asustado, corre, se

postra ante la tierra convulsiva, y los gigantes campanarios, conmoviéndose hasta su base, tocan involuntariamente a rebato.

* *

Dios así lo quiere; destruyendo las ciudades, llenando los valles de escombros, borrando las islas, trastornando mar y tierra, perdona el Vesubio, junto a su cráter, a la humilde ermita, en la que, arrodillado reza un anciano sacerdote.

10 de agosto de 1830.

II

A LA COLUMNA

Muchos diputados pidieron que la Cámara interviniese para que las cenizas de Napoleón fuesen trasladadas a la Columna de la plaza de Vendôme. Después de corta deliberación, la Cámara pasó a la orden del día.

(Cámara de los diputados
Sesión del 7 de Octubre de
1830.)

I

Cuando él edificaba con sus manos colosales ese pilar enorme para su trono, apoyada por la Europa que era su vasalla; ese bronce ante el que todo es polvo y arena, sublime monumento, dos veces imperecedero, fundido en su gloria y en el duro bronce;

* *

¡Prodigioso caos! Las calles se llenan de ceniza, la tierra vuelve a vomitar las casas desaparecidas, cada techo extraviado choca con el techo próximo, el mar salta en el golfo, la llanura se enciende

diente lanzó a brazadas los cañones enemigos.

* *

Cuando le construía, para que un día en la ciudad la guerra extranjera o la guerra civil se estrellasen contra él y para que palidiesen en nuestras plazas los frágiles herederos de César y de Alejandro, nos ofreció ese espectáculo magnífico.

* *

El recorrió la tierra, seguido de sus fieles veteranos, que constituían su nación militar, y cuyos nombres conocía; los reyes huían en su presencia; los reyes no tenían su talla; les vencía y recorría los campamentos enemigos recogiendo todos sus cañones.

* *

Después regresaba con su grande ejército, embarazando con su botín el paso de la Francia y su Luovre de granito, y los parisenses le recibían con locas aclamaciones de júbilo, a la manera que los aguiluchos reciben al águila cuando vuelve a su nido con la presa.

* *

Y apartando con el pie todo ese metal sonoro, iba a visitar el inmenso recipiente, donde hervía aún en estado líquido el monumento cuyo molde forjó su pensamiento, y en su foco ar-

Después partía de nuevo a ganar otras batallas; despojaba otra vez a sus enemigos de los afustes dispersos, y transportando el bronce cogido a la Roma francesa, preguntaba a los fundidores que se inclinaban hacia el horno ardiente:—¿Tenéis bastantes?

* *

El ideó este monumento; los fuegos del polígono, la bomba, el sable y el oro de la dragona constituyeron sus primeros juegos: siendo general, como por vía de pasatiempo, se apoderó de las pirámides; siendo emperador, quiso realizar algo más grandioso.

* *

Y construyó esa Columna. Con su mano romana torció, mezclando en su colosal monumento los despojos de todo un siglo famoso, los Alpes, que se inclinaron a su paso; al Nilo, al Rhin, al Tiber, al brillante Austerlitz, al frío y nebuloso Eylau.

* *

Porque cual antiguo Encélado, probó a escalar el trono universal, removiendo la tierra y el cielo y amontonando durante veinte

años a Wágran sobre Marengo, y del Tabor? Porque haya mandado un ejército, porque se haya apoderado de algunas ciudades, ¿creéis que va a debilitarse la Europa, si él no atrailla alrededor de su tumba a los jadeantes Demóstenes?

* *

Cuando pasaste grave y sereno en un inolvidable día por la plaza de Vendôme, héroe adorado por el pueblo, y tranquilo descubriste su magnífico monumento, que contenía con gesto pacífico a tus cuatro águilas de bronce;

* *

Cuando a tu alrededor bullían innumerables vasallos, como se congregaban alrededor de Paulo Emilio los niños romanos, yo, niño también entonces de seis años, colocado en primera línea ante tu paso y ansioso por ver tu fisonomía, te aplaudía frenético de entusiasmo.

* *

¡Quién te hubiera dicho entonces, al contemplarte colocado en la cima de la Columna, soñando aún en porvenir más deslumbrador, que llegaría un día que habrías de sufrir la afrenta de que muchos abogados pleitearan para que ese monumento no guardase tus cenizas!...

II

Espera, loca juventud, que no es hora todavía. ¿A qué conduce hablarnos de Arcole, de Wágran

Por otra parte el cielo no está tranquilo y nos perturban fatales inquietudes; en el desigual empedrado de la ciudad aun resuena el eco de sus pasos. ¿Por qué tributarle esos honores supremos? ¿Por qué edificarle un templo? ¡Somos un pueblo extraño! ¡Dejad pasar a todos los grandes hombres! Napoleón tiene mucha prisa.

* *

¿Vivimos ya tranquilos y sin temor alguno? Pensaremos en ese inmortal cuando los demás héroes tengan sus monumentos; entretanto, tened paciencia; que esperen sus restos humanos, esos despojos de Napoleón, que su valor se tranquilice, y mientras tanto, que entreguen su medida al sepulturero del Pantheon.

III

Sitiar cien ciudades, ganar sesenta batallas, llenar el universo con su nombre; conseguir en el mundo, cuanto se propusiera; haber arrebatado en su bélica carrera el Kremlin al czar Pedro y

el Escorial a Carlos V; hacer pesar su recuerdo sobre nuestros enemigos aterrorizados; devorar tan amargas lágrimas en la cárcel de su destierro; haber alcanzado incomparable fortuna, haberse apoderado de un cetro único, ¡y no poder comprar seis pies de tierra debajo de los cañones que conquistó!

IV

Comprenderíase que naciese este temor de que la áspera libertad temiese sembrar en la ciudad sus cenizas; que fuera esa estoica virgen la que proscribiera el nombre glorioso del emperador que nació para reinar y para conquistar, que recordaba a Esparta y a Roma, y que temiera que la sombra de un grande hombre la impidiese realizar sus propósitos.

* *

Pero no; la libertad tiene ya conciencia de su fuerza. Un trono es bajo su mano como el muérdago en la corteza de un árbol, cuando la raza de los reyes falta al derecho jurado. Y entre nosotros hemos visto pasar de una manera maravillosa a la raza más antigua y a la más moderna; este siglo, en menos de treinta años, ha devorado a las dos.

* *

La Francia guerrera y apacible tiene dos hijas de la misma sangre; la una hace al ejército invencible, la otra poderoso al pueblo. La gloria, que no es la primogénita, ni tiene ejército, ni corona, ni pavés, ni cetro; la gloria no es falaz, y no debe causar miedo a su hermana mayor la libertad.

V

Han rechazado la reliquia inmortal por envidia, porque palidecen ante ella; temen ver a su frente al emperador y de que se eclipsen las lámparas que alumbran sus festines ante el sol brillante de Austerlitz.

* *

Eso, no obstante, hubiera sido digno. Si dentro de la Columna los franceses hubieran sabido que se guardaban los inmortales despojos del emperador, ¿quién es capaz de prever en una guerra civil hasta dónde éstos hubieran entusiasmado todos los corazones?

* *

Si alguna vez el extranjero, ¡oh ciudad soberanal trajera a pacer los caballos de la Ucrania

en tu suelo querido, sin duda alguna esos huesos hubieran germinado, dando luz a soldados en tu recinto conmovido.

* *

Acaso, Columna, algún día, descendiendo a tu base el peregrino pensativo y contemplando con éxtasis esos despojos mortales, arrodillado ante ti, querría pesar el polvo que un Napoleón puede ocupar en el hueco de la mano

* *

Hubieran podido conservarse esos maravillosos despojos y contemplar en ellos el brazo fuerte, el atrevido pecho, el pie que durante doce años acicateó al mundo, el hueco de aquellos ojos que fascinaron a las multitudes, la frente prodigiosa y el cráneo fundido en el molde del globo imperial.

* *

Entonces nos parecería oír que desde lo alto de la Columna salía el confuso ruido de armas de las batallas y rugir las bocas de los cañones, el relinchar de los caballos, el barullo de las ciudades almenadas, de los clarines, de los tambores, el temible estrépito de este grito: ¡Napoleón!

* *

Retóricos tímidos que acabáis de envolveros en la toga, no qui-

sisteis consolar a esa viuda, digna de ser venerada por todos los partidos, y al repartiros el imperio de Alejandro, tenéis miedo de una sombra, tenéis miedo de un puñado de cenizas. ¡Oh, sois muy pequeños!

VI

Permanece en tu sepulcro, permanece en el espumoso peñasco, en el que con la rapidez de una bomba caíste caliente aún y humeante. Permanece en la áspera isla de Santa Elena, en la que sorprendido el hombre, contempla en toda su magnitud los azares de la fortuna; permanece en la obscuridad que te envuelve bajo el sauce sagrado, cuyas hojas se desparraman por todo el universo.

* *

Al menos allí duermes sin que nadie te ultraje. Con frecuencia allí te despiertan los llantos de cariño y de rabia de un soldado rojo, que se arrodilla ante ti. Desde allí puedes ver, si te levantas de tu sarcófago, desde lo alto de las playas, por la extensión azul de las aguas, correr hacia tu roca solitaria todas las velas de los barcos, como si corriesen a buscar el verdadero centro de la tierra.

VII

Duerme, que quizás llegará el día en que iremos a buscarte, pues para nosotros eres como una divinidad y nunca fuiste el señor; porque nos afecta tu destino fatal, y, ya sigamos la bandera tricolor, ya nos guíe la oriflama, no estamos pendientes de esa cuerda infame que te arranca de tu pedestal.

* *

Celebraremos por ti magníficos funerales; quizás también nosotros libreremos nuestras batallas; defenderemos y haremos que sea respetado tu sepulcro; reuniremos ante él a la Europa, al Africa y al Asia, y llevaremos allí a la poesía joven cantando a la libertad.

* *

Te encontrarás bien entre nosotros, tendido bajo tu Columna, en el seno del poderoso París que fermenta y que hierve bajo un cielo que tantas tempestades han ensombrecido, debajo del empedrado sobre el que ruedan los cañones, sobre el que las legiones pasan, sobre el que el pueblo ruge a semejanza de la mar.

* *

Si el pueblo sólo reserva para los tiranos los rayos y el abismo,

también reserva para tu tumba centenaria (única majestad de que es cortesano) profundo gemido, infinito y cariñoso, que hará que tu sombra no eche aquí de menos el incesante murmullo del Océano.

9 de octubre de 1830.

III

HIMNO

Aquellos que murieron heroicamente por la patria tienen derecho a que la multitud acuda a rezar ante sus tumbas. Entre los nombres célebres su nombre será el más ilustre; comparadas con la suya, todas las glorias serán efímeras y se disiparán. Como una cariñosa madre, la voz de un pueblo entero los mecerá en la sepultura.

* *

¡Gloria a nuestra eterna Francia! ¡Gloria a los que murieron por ella; a los mártires, a los valientes, a los fuertes, a los que les imitan, a los que desean ocupar un sitio en el templo de la inmortalidad y mueren como los héroes.

* *

Para los que así sucumben, para conservar su memoria, el alto